

alguien se dirige a mí dándome el título de «maestro». *Darse* a sí mismo en forma tal que inspire a otros a pensar, a hacer, a «llegar a ser»—¡qué ambición más noble! Para ser un buen maestro se requiere un alto grado de altruísmo, porque es necesario estar dispuesto a desaparecer, a morir,— como si fuera—para que otros vivan. Hay en ello algo muy semejante a la maternidad—una cualidad *nutridora*. Toda verdadera madre se da cuenta alguna vez de que sus hijos le han sido sólo prestados—enviados por Dios—y de que los atributos de su cuerpo y de su mente están siendo usados por algún Poder para algún Propósito. Este pensamiento tiende a refinar su corazón de la escoria, a eliminar el orgullo y a hacerle sentir todo lo sagrado de su oficio. Todos los hombres buenos, en todas partes, reconocen la santidad del instinto materno, este milagro por el cual la raza sobrevive.

»Hay un tinte patético en el pensamiento de que, mientras los amantes viven para hacerse necesarios uno a otro, la madre está trabajando para hacerse innecesaria a sus hijos. La verdadera madre es aquella que ejercita a sus niños para que se manejen sin ella. Y la intención última de toda verdadera enseñanza es habilitar al alumno para que se maneje sin el profesor.

»Sí, el maestro eficiente tiene en sí mucho de esta cualidad materna. Thoreau, ustedes lo recuerdan, dijo, que todos los grandes hombres tenían en su esencia algo de maternal; si al hacer esta observación tuvo en la mente a los maestros, ella fué ciertamente verdadera. Los hombres de mucha fuerza impulsiva no son los mejores maestros—el tipo arbitrario e imperativo que doblega todas las mentalidades al tenor de la suya, puede construir puentes, horadar montañas, descubrir continentes y conquistar ciudades, pero no puede enseñar. En presencia de semejantes personalidades, que descuellan como torreones, muere la libertad, la espontaneidad se desploma y el pensamiento huye a esconderse en un rincón. La cualidad *nutridora*, la paciencia tolerante, el anhelo de la maternidad, están ausentes. Ese hombre es un jefe, no un maestro; y queda todavía la duda de si el guerrero y el caudillo no han usado su influencia más para hacer de la tierra un depósito de cadáveres que la mansión de la dicha y de la prosperidad. La orden para matar a todos los primogénitos no fué dada ciertamente por un maestro.

»El maestro es un ser que hace brotar dos ideas donde antes no había más que una.

»Parece este un buen lugar para

decir que estamos viviendo en un mundo muy viejo y muy estúpido, redondo como una naranja y ligeramente achatado en los polos. La prueba de esta observación a primera vista pesimista, formulada por un hombre lleno de esperanza y de alegría, está en el hecho de que otorgamos tan escaso premio, en honor y en dinero, al oficio de maestro. Así como en los tiempos antiguos los barberos y los pinches estaban en el mismo rango que los músicos y el Perrero Mayor llevaba una medalla más grande que el Poeta Laureado, así pagamos a nuestros maestros lo mismo que a los cocheros y a los carboneros, otorgándoles una plena «falta de todo», menos de trabajo excesivo.

»Nunca estaré dispuesto a admitir que este país es civilizado hasta tanto no le pongamos fin a la necia y mezquina política de echar fuera de la profesión de la enseñanza a todos los hombres y las mujeres realmente valiosos, poniéndolos en la lista de pago a la mitad, o menos, del estipendio, que los mismos cerebros y la misma energía obtendrían en cualquier otra actividad. En este año de Dios de mil novecientos dos, en tiempo de paz,

destinamos cuatrocientos millones de dolars para guerra y elementos de guerra y esta suma es justamente el doble de lo que cuesta todo el sistema escolar de Norte América.

»No es la necesidad de economía lo que dicta nuestro modo de proceder en esta materia de la educación;—es simplemente que no estamos civilizados.

»Pero esto no puede durar siempre—y yo preveo una época en que escogemos los hombres y las mujeres más buenas y más nobles de la tierra para dedicarlos a maestros y en que su compensación será tan adecuada que los habilitará para entregarse por completo al servicio de la raza sin la perspectiva desalentadora de un asilo de caridad al final. Una política liberal en este punto será para nuestro propio beneficio aún como una materia de frío utilitarismo. Será Interés Propio ilustrado...» (1)

Por la traducción,

C. SILVA CRUZ

(*El Mercurio*, Santiago de Chile, 19 de setbre., 1919).

(1) *The Philistine*. East Aurora, New York. Número de julio de 1912.

## ¿El problema municipal es o no un problema social?

NUESTROS politiqueros siempre han considerado el problema municipal de Santiago como un asunto de carácter meramente electoral, sin querer darse cuenta del hondo problema social que está latente en la vida municipal de nuestra capital.

Por más esfuerzos que se han hecho para despertar interés por los asuntos de la ciudad, muy poco o nada se ha obtenido. Estos problemas, que en otros países ocupan la atención preferente de los hombres de Estado, entre nosotros son observados con desdeñosa indiferencia.

Hoy estamos palpando las consecuencias de esta indolencia y de esta imprevisión.

En todas las clases sociales se observa un profundo malestar: la vida material es cada día más difícil, las exigencias cada día mayores, el peligro de una gran conmoción social, cada día más amenazante.

Las cuestiones municipales por su índole especial están estrechamente vinculadas a la vida misma de una población.

De ellas depende la alimentación, y es bien sabido que la tranquilidad de un pueblo está en razón directa a la facilidad y a la abundancia de los medios de subsistencia.

Siempre será una gran verdad la frase de Napoleón: «El vientre hace la revolución»...

Mucho más puede la acción metódica y ordenada de los municipios en la solución de ciertos problemas sociales que la intromisión precipitada e intermitente del Estado.

La acción municipal es la vida diaria: es el pan de cada día del cual nadie puede prescindir.

La mano del municipio debe hacerse sentir en todas los momentos de la existencia de una población. Ha de cuidar de la buena calidad de los artículos de alimentación, ha de fijar los precios máximos que éstos puedan adquirir, ha de vigilar los pesos de esos artículos, ha de fiscalizar severamente sus propios reglamentos y ordenanzas y castigar, con rigor las infracciones.

Procediendo de esta suerte, inspirándose siempre en una norma invariable de equidad y de bien público, la población descansa confiada en la acción del municipio y se evitan muchos de los males que le aquejan.

Procediendo de esta suerte—tal como acontece entre nosotros—la población se siente indefensa contra las garras de los especuladores. Los precios y los pesos se alteran a voluntad del vendedor, los materiales de subsistencia son